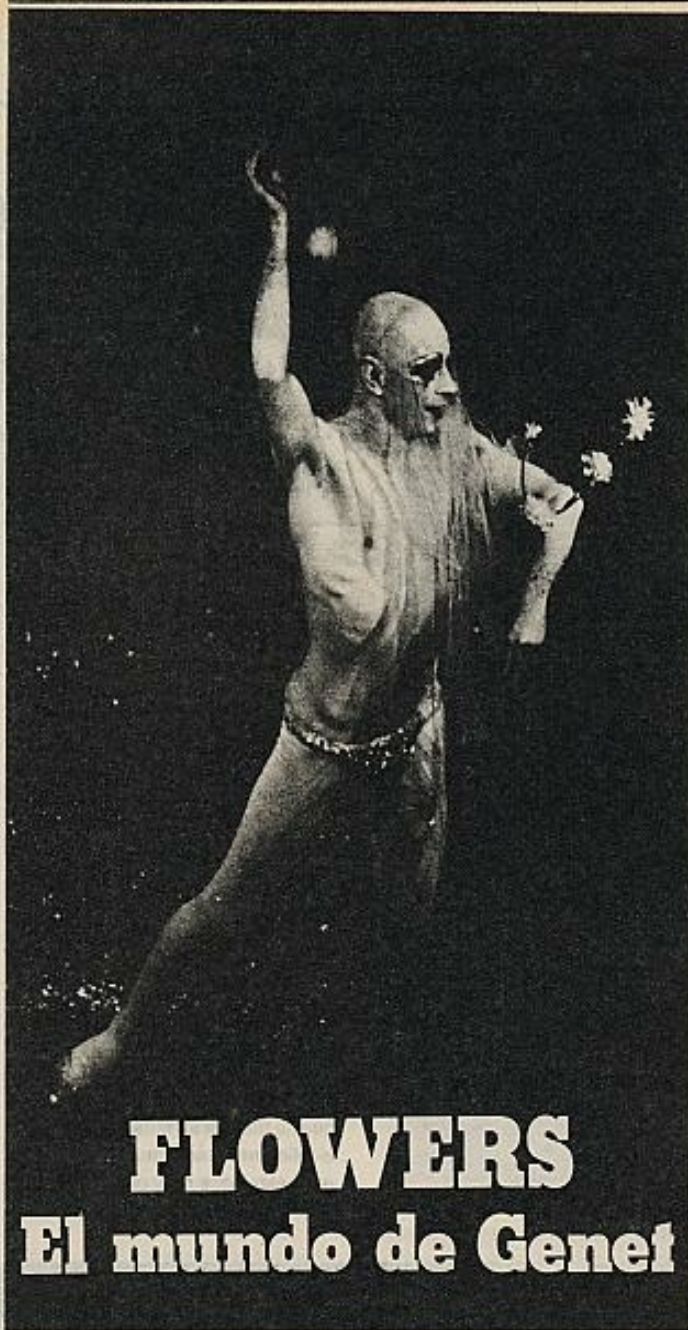


QUE talento teatral tan extraordinario el de este Lindsay Kemp! Qué manera tan insólita de cantar la libertad!

El espectáculo "Flowers" está dedicado a Jean Genet, y toma su apoyatura en una frase de la novela de este último, "Nôtre Dame des Fleurs": "Divine murió ayer en un vómito de su propia sangre. Se fue como ella hubiese deseado, en una mezcla de fantasía y sordidez".

Esta sería, en primera instancia, la base poética del espectáculo, lo que Lindsay Kemp —estimulado por Genet— quisiera expresar: "la mezcla de fantasía y sordidez". La presencia de la sangre nos daría el tercer elemento: la muerte. Ahora bien: ¿qué fantasía es la que puede elevar la sordidez y la muerte a categorías de revelación, de imágenes profundas de la existencia? Genet lo había mostrado prácticamente en "Las criadas". Y el montaje de Víctor García —sin duda, uno de los grandes espectáculos dramáticos del teatro occidental a lo largo de una década— consiguió evidenciarlo sobre los escenarios. Lindsay Kemp lo hace a partir de un lenguaje que, a mi modo de ver, llega mucho más al fondo en la expresión de ese mundo. Un lenguaje descargado de la palabra —tan necesaria en otras ocasiones; imprescindible para tantos objetivos—, asentado en las imágenes, enriquecido por innumerables investigaciones en el campo de la pintura, de la luz, de las máscaras, de la danza moderna. De "Flowers" podría decirse que es una pesadilla, si diéramos a este término un valor revelador, algo así como el espejo de una realidad invisible. Aunque quizá sería mejor emplear la palabra delirio, por lo que hay de exaltación, de voluntad de llevar a sus últimas consecuencias, a sus últimas imágenes, los sentimientos más ambiguos y punzantes, dentro de esa mezcla de santidad y perversión que Jean Paul Sartre asignó, con bastante clarividencia, a la personalidad de Jean Genet.

Buscar las raíces de este trabajo nos llevaría a recorrer una de las vías del teatro moderno. Ahí está la danza orgiástica y decadente de algunos ballets de Tomaszewski; la lentitud rítmica, el amor al detalle preciso, a la expresión de lo aparentemente insignificante, impuesto por el norteamericano Bob Wilson y por toda su escuela; el mundo de la heterosexualidad que cuenta ya, sobre todo en los Estados Unidos, con un lenguaje fantástico de máscaras y maquillajes, de pelucas y figurines oníricos, en la línea de un "Godzilla", de Chicago, o del "Ridiculus Theater".



FLOWERS

El mundo de Genet



El espectáculo de Lindsay Kemp está anclado en una poética de ceremonia y mito, que pretende penetrar con ellos en las zonas no exploradas por el racionalismo a ultranza.

de Nueva York; la investigación balletística de Londres, de donde el grupo procede; las direcciones del citado Víctor García, siempre ordenadas en torno a una serie de imágenes que, para él, trascienden y resumen la acción dramática en un plano que nunca es el de la realidad cotidiana; todo el desarrollo de la danza moderna —desde Diaghilev a Marta Graham—, con esa voluntad de penetrar en la expresión, por medio del ritmo corporal y de la imagen plástica, de cuanto la literatura ha domesticado y reducido; el sentido del humor que en esa danza moderna se mezcla al más angustioso patetismo; la idea del "divismo", entendida no ya como una "forma profesional", sino como una poética, como una exaltación del artista, que se convierte sobre la escena en el centro del universo; el estudio de las máscaras orientales, con su expresividad "pictórica", propia de una interpretación del "interior" del personaje y de su papel en la fábula; la aplicación de nuevas formas musicales, desde los Pink Floyd a las estructuras de percusión... Todo, como se ve, muy nuevo y, a la vez, muy antiguo, anclado en una poética de ceremonia y mito, que pretende penetrar con ellos en las zonas no exploradas por el racionalismo a ultranza.

Es obvio, por ello, que desde ese racionalismo ramplón —en la medida que mutila el concepto de hombre; distinto de ese otro racionalismo deseable, que descubre la falacia de tantos idealismos, y, al mismo tiempo, no se convierte en el verdugo de la imaginación—, "Flowers", como el teatro de Genet en general, resulte escandaloso, si se mira desde la derecha; turbio y decadente, si se mira desde una izquierda simplista. Para mí —y es un criterio que compartía la mayoría de los entusiasmados espectadores—, el trabajo de Lindsay Kemp expresa, con una envidiable capacidad de concreción escénica y una extraordinaria belleza, un nivel de realidad rara vez explorado en el marco de los teatros españoles. El que luego afrontemos existencial e ideológicamente esa realidad de un modo distinto a como lo hacen Genet y Lindsay Kemp es otra cuestión. Lo importante, en términos teatrales, es que ese mundo toma forma, aparece artísticamente ante nuestros ojos, adquiere el valor —sensitivo e ideológico— de una realidad.

Genet ha estado muchos años defendiendo la causa de los movimientos políticos que, a su juicio —Blak Panthers y Palestinos—, encarnaban las mayores necesidades históricas de justicia. No es nada sorprendente, pues, que Lindsay Kemp, tras el último de sus ceremoniosos saludos, dedique el espectáculo a Albert Boadella y a la libertad. ■ JOSE MONLEON.